

ALEJANDRO FUENZALIDA GRANDÓN

Miembro académico de la Facultad de Filosofía y Educación

## Barros Arana y su época

ESTUDIO PÓSTUMO <sup>1</sup>

I

LA Universidad de Chile me había confiado en 1907 la honrosa comisión de compilar los *Escritos* de Barros Arana, debiendo acompañarlos de indicaciones bibliográficas y notas histórico-literarias, cuando el caso lo requiera y escribir una introducción biográfica.

El presupuesto de gastos públicos de la Nación había consignado fondos para la publicación de las *Obras Completas* de aquel eminente servidor público.

En la distribución del trabajo de compilación, debía yo marchar de acuerdo con los ejecutores testamentarios del señor Barros Arana, que lo fueron don Gaspar Toro y don Luis Barros Borgoño.

Era, a la sazón, Rector de la Universidad don Valentín Letelier, quien aceptó el bosquejo de distribución de materias que le presenté. La comisión, por su parte, también le prestó su asentimiento, salvo en algunos detalles y normas, que se acordaron y siguieron.

<sup>1</sup> En 1935, Alejandro Fuenzalida Grandón, miembro académico de la Facultad de Filosofía y Educación, Profesor de Historia Documental de Chile en el Instituto Pedagógico, de Estética, en la Escuela de Bellas Artes, y de Derecho Administrativo, en la de Derecho, establecimientos dependientes de la Universidad de Chile, comenzó a publicar en Valparaíso, por la Imprenta y Encuadernación Roma, un libro del cual sólo alcanzaron a editarse 14 pliegos de 8 páginas cada uno, en tamaño in 4º. En total, se imprimieron, contando las de introducción, que llevaban numeración romana, 112 páginas. El título de este libro era el siguiente: *Barros Arana y su época. (1830-1907). Conversaciones con Don Diego*. Siempre mantuve con Fuenzalida Grandón excelente amistad, la que provenía desde mi primera juventud. Me distinguió con un especial aprecio, no obstante la considerable diferencia de años que nos separaban. Este aprecio de Fuenzalida Grandón se hizo más cordial todavía desde el momento en que me tocó recibirlo como miembro de la Academia Chilena de la Historia,

II

### LA HISTORIA BIOGRAFICA DE DON DIEGO

Al tratarse de la introducción biográfica, que debería encabezar la edición, solicité de uno de los legatarios, que tenía en su mano el archivo personal del testador, que lo pusiese a mi disposición, para utilizar debidamente su correspondencia con intelectualidades de América. Esto, seguramente, iba a dar luz y novedad a episodios interesantes de la vida literaria de Chile, de Argentina, de Brasil, del Perú y de otros países de nuestro continente.

Asimismo le pedí me facilitase las *Memorias* escritas por don Diego, relativamente a las interioridades detalladísimas sobre la cuestión de límites chileno-argentinos, en que él era el Perito y en las cuales refería minuciosamente y con cortante vivacidad los incidentes varios, las discusio-

correspondiente de la Española, en 1938, según mis recuerdos. Con este motivo hice un estudio de su obra histórica y literaria que él mismo publicó en un folleto, al cual añadió una curiosa carta autobiográfica. En 1935, Fuenzalida Grandón residía en Valparaíso y desde allí, con una gran puntualidad, me enviaba los pliegos de su obra sobre Barros Arana. Repentinamente dejó de imprimirse el libro debido a que la salud del autor había sufrido un serio quebranto. Cuando algún tiempo después, algo ya restablecido, volví a verle, me dijo que el libro, que redactaba a medida que se editaban los pliegos, había quedado interrumpido y que el editor, por unas dificultades de pago, había destruido los pliegos salvándose los de él y los que a mí tan cariñosamente habíame obsequiado. De esos pliegos he aprovechado cuanto era útil para ser reproducido, desechando las digresiones que Fuenzalida Grandón introducía en su narrativa y que nada tienen que ver con el asunto que se había propuesto desarrollar. He seleccionado de la obra de Fuenzalida Grandón cuanto era útil conservar para reproducirlo en esta revista y salvar un escrito que, prácticamente inédito, presenta cierto interés para el estudio de Barros Arana.

GUILLERMO FELIÚ CRUZ

nes acaloradas, aún sus propios exabruptos, descortesés en la forma, a que lo arrastraba su temperamento impulsivo, pero con un fondo de irreductible patriotismo y convicción que nadie ni nada podían doblegar.

Sus juicios acerca del Presidente Errázuriz, tan despectivos como irónicos, sus opiniones sobre los Ministros de Relaciones Exteriores que cejaban ante las imposiciones de la Cancillería rioplatense, amparados por aquel mandatario, eran de una crudeza aplastante. Con pelos y señales y en frases gráficas, estigmatizaba a los señores Isidoro Errázuriz, Ventura Blanco Viel, Luis Barros Borgoño, y otros que, de orden superior, tenían que defender interpretaciones que iban en desmedro de la teoría del *Divortio Aquarum*, teoría que constituyó el caballo de batalla de los derechos chilenos contra la teoría de las Altas Cumbres, que, era a su vez, el de los argentinos.

Don Diego me hizo el honor de leerme en una ocasión un largo trozo en que rajaba implacablemente la ciencia geográfica del Perito Moreno. Comparaba sus mapas con grandes sábanas, imprecisos y faltos de veracidad.

Estas *Memorias* eran, en suma, la "historia verdadera" de Procopio; pero con la diferencia de que en el ardiente debate de la discusión de límites, nuestro Perito sacó la cara al frente con soberana altivez, y puso más de una vez en aprietos las promesas del Presidente de la República, a quien le llamaba *El gran chambeco*. (El Magistrado llamaba a su Perito *Taita Dios*).

Esta especie de autobiografía, referente a la agitada cuestión internacional, no debía, según la voluntad del autor, publicarse antes de su muerte, porque habría de levantar enorme polvareda y protestas de tanta persona altamente colocada, como allí quedaba en solfa, de oro y azul.

Ha de saberse que este manuscrito fué mostrado por el autor a muchos de sus íntimos, entre los cuales ocupaba lugar de primera línea, el talentoso y cáustico escritor Eduardo Phillips, subsecretario de Relaciones Exteriores. También leyó parte de ellas a Eduardo Suárez Mujica, ex subsecretario de Relaciones Exteriores y en aquellos días uno de los redactores de *La Ley*. De los jóvenes ingenieros, empleados en la comisión de límites, hubo

cuatro o cinco: (Soza, Bruna, Donoso Grille, Risopatrón, Ernesto Frick), que se impusieron de partes del manuscrito.

Asimismo, el ingeniero don Santiago Marín Vicuña, que no pertenecía a los ingenieros ayudantes, es de este número. Este caballero ha publicado, hace poco, en una revista, datos al respecto.

Desde Buenos Aires, donde estaba acreditado como Ministro de Chile, don Joaquín Walker Martínez, suministraba a don Diego noticias oportunas de lo que allá se tramaba en defensa de los argentinos.

Por otra parte, don Gonzalo Bulnes, que conocía a fondo la cuestión y que dió a luz un interesante folleto *¡Cincuenta y cinco años de litigio!*, conversó largamente sobre la materia y es testigo intachable por su veracidad, libre de toda sospecha.

Hay, pues, mucha gente que sabe de esas *Memorias*.

### III

#### ¿EXISTIERON LAS MEMORIAS DE DON DIEGO?

Mientras tanto, me abismó don Luis Barros, al afirmar enfáticamente que tales *Memorias* no habían existido, y, sostuvo que, en caso de haber existido, su autor las habría despedazado antes de morir.

Esos papeles los vi yo mismo hasta la víspera del fallecimiento de don Diego, en un mueble de su escritorio. Los vimos el doctor Sierra, que fué su médico de cabecera y Jorge Valdivieso Blanco, yerno de don Diego.

De consiguiente, afirmo de la manera más rotunda que esas *Memorias* no las destruyó su autor.

Se han perdido de manos de don Luis.

¿Qué interés tenía este caballero, ejecutor testamentario, y en este caso, ejecutor literario de las disposiciones sagradas del ilustre muerto?

No quiero, por ahora, ahondar más en el asunto.

### IV

#### LAS CARTAS DE AMERICANISTAS CELEBRES A DON DIEGO

Con referencia a la correspondencia con americanos ilustres a que me he referido antes, don Luis se negó, con fina cortesía, a proporcionármela. El quería aprovecharla y efectivamente, lo ha hecho, primera-

mente, en *Un Aporte a la Memoria del General Mitre*, 1921, y últimamente, en las *Cartas* del célebre bibliógrafo don Juan María Gutiérrez, 1934, que acaba de publicar y anotar.

Agregaré todavía la circunstancia de que, al solicitarle a don Luis la correspondencia y los otros manuscritos, llevaba una carta de la hija del historiador, doña Josefina Barros de Valdivieso Blanco, instándolo a que me entregara las tantas veces nombrada documentación.

Todo fué inútil.

Supuse, fundadamente, que el sobrino iba a ser el historiador de su tío.

Con estos antecedentes, me presenté al Rector de la Universidad, señor Letelier y le manifesté que ya no escribiría la *Vida* de don Diego, que la tenía muy avanzada, y en gran parte con los recuerdos personales recogidos, por espacio de más de veinte años de frecuentación diaria durante mucho tiempo, por desempeñar ambos clases en el Instituto Nacional a la misma hora.

## V

### LOS PASEOS POR LA CIUDAD

Al salir juntos, recorriendo las calles, antes de llegar a la del Dieciocho, en la que él vivía, con las manos cruzadas hacia atrás y su grueso bastón nudoso, algo gibado, por su enorme estatura —los muchachos le llamaban "Palote"—, fuí testigo de los reverenciosos saludos que le hacía medio mundo. Su figura, en los últimos años, era imponente; a lo que contribuían también sus largas barbas fluviales que no recibían afeite de barbero alguno sino el de él mismo, que solía tijeretarse de manera desastrosa.

En estas caminatas por la Alameda, hasta la estación de los ferrocarriles, por la calle de los Huérfanos, por el barrio de la Recoleta, por el antiguo Tajamar, por Maestranza (hoy avenida Portugal), le oí referir, en la forma amena y chistosa que empleaba de continuo, la historia de todas esas calles de Santiago.

Escuché de su boca anécdotas interesantes, tan variadas como sugerentes. Y como él era un buen fisionomista y tenía una vista de águila para ver a la distancia, y una de las memorias más poderosas que he conocido en mi vida, interrumpía su

charla para expresar con una palabra, con una frase lapidaria, la biografía de la persona que se acercaba.

Su juicio sobre las gentes, era de una franqueza estupenda, fuese quien fuese el paseante.

Y así pude imponerme de la vida y milagros de mucha gente que traficaba muy oronda por las calles.

Con los ojos milagrosos de la memoria, evocaba el pasado con una frescura que era un primor, con una franqueza que era terrible, con un apasionamiento que a veces, tal vez, no era ecuánime.

Yo, que era antiguo profesor, aprendí mucha historia con él, esa historia de bastidores, de esos rincones amables que no salen en los libros, de esa vida literaria no escrita, porque los historiadores de las letras no lo dicen, o porque lo ignoran, o porque no se atreven a sacarlo al sol.

Para don Diego no había términos medios. Su criterio tenía el defecto de lo unilateral: o bueno o malo. Jamás conoció las medias tintas, ni toleró componendas, parches o zurciduras. Su juicio crítico, afinado por la lectura, era el de un buen catador.

Respecto de las cosas, de los monumentos históricos, con que solíamos tropezar, sabía lo que vulgarmente se llama "la Biblia". Y así, me impuse de actos ocurridos en la lejanía del tiempo, de sitios en que pocos sospechaban lo pasado allí. Ciertos acontecimientos, de los que apenas si quedaba una vaga vislumbre, ante la varilla mágica de su evocación, tomaban relieve extraordinario. Así, estas conversaciones, —no digo diálogos, porque yo sólo escuchaba—, adquirían a mis ojos la plasticidad penetrante y viva de la realidad. Eran clases al aire libre.

¡Hay que ver el partido que obtuve de esta enseñanza! Un mundo de noticias, un anecdotario gráfico en que una sola frase constituía toda una lección. En las clases del Instituto y en la cátedra del Pedagógico que desempeñé por varios años, vacié a mis discípulos una variedad de conocimientos que, en gran parte, no eran sino la repetición de lo que a don Diego había oído en aquellos paseos por la ciudad que para mí eran un encanto.

En la época de vacaciones solía invitarme a su quinta de San Bernardo y me encomendaba ciertos pequeños trabajos de investigación, ya para el archivo del Ministerio de lo Interior, ya para los archivos pa-

rroquiales u otros particulares, de que él tenía noticias fidedignas, pues lo habrían obligado a ir a consultarlos en persona y se sentía cansado.

En cien ocasiones, delante de los profesores del Instituto o de algunos de los inspectores del mismo establecimiento, me decía:

—Apunte esto. A Ud. que va a hacer mi necrología, le interesa este dato.

Poco a poco, aquellos apuntes, fielmente reproducidos de lo que él me contaba, llenaron mi archivo con una masa formidable de datos, de observaciones sobre la historia social, política, científica y literaria de Chile.

Por lo demás, en la gran biblioteca del maestro, en las búsquedas a través de libros de historia chilena y americana, el caudal de mis noticias se fué acrecentando largamente.

Deseé, pues, escribir la historia biográfica de don Diego. Cuando renuncié a hacerla, pudiendo llevarla a cabo con las noticias que ya tenía acopiadas, no fué sin honda pena.

Me quedé tranquilamente esperando la *Vida* que iba a trazar don Luis Barros Borgoño, historia que habría de tener grandísima imparcialidad, puesto que la iba a redactar un pariente...

Recuerdo que mi querido amigo don Miguel Luis Amunátegui Reyes, mi colega del Instituto, me dijo con risueño escepticismo:

—Esa biografía no va a salir nunca.

En el pequeño corrillo universitario, llegó la noticia a don José Toribio Medina, quien alborozado y frotándose las manos, me dijo con efusión:

—¡Ya no hay biografía de Barros Arana!

Por razones que daré más adelante en este libro, las relaciones entre Barros Arana y Medina, fueron siempre frías y andando los años, carentes de toda cordialidad.

Al revés de lo que pensaban los émulos de nuestro gran historiador, no una, sino varias biografías han salido a luz y algunas siendo muy buenas, han olvidado el tratar la vida misma del personaje en su intimidad, en su aspecto psicológico. Ciertas minucias contribuyen a dar la clave de la personalidad de estos seres superiores que tanto entusiasman a algunos como exacerban a otros. Don Diego ha sido el ídolo de la juventud que oyó sus lecciones y la *bête noir* de sus enemigos.

Las líneas anteriores dejan suficientemente establecida la forma en que se frustró la publicación de la *Vida* de don Diego Barros Arana, que escribí en aquella época, con los recuerdos personales que del ilustre extinto conservaba frescos en la memoria.

Acaso al público pueda interesarle conocer estos detalles, que se relacionan con un capítulo de la vida literaria de Chile.

## VI

### EL MONUMENTO A BARROS ARANA

Han pasado 27 años, y durante este lapso los incontables amigos de Barros Arana, que fueron una legión, tuvieron el propósito de elevar un monumento en bronce a nuestro preeminente historiador.

La suscripción popular en los diversos centros educacionales, la colecta en los centros sociales, aún las erogaciones venidas del extranjero, de los ex alumnos, lograron un éxito satisfactorio.

El Rector de la Universidad que era el encargado de llevar a la realización este justo homenaje a la memoria del insigne maestro, pensó con razones muy justificadas, que el monumento debía ser ejecutado por un escultor chileno. Eligió, juntamente con la Comisión Ejecutiva del Monumento, a una persona que, aunque de avanzada edad, tenía en su alma todo el fuego de la inspiración.

Hablo de don Virginio Arias Cruz. Es el laureado artista en París, por su soberbio grupo en mármol "El Descendimiento", en que figura desnuda la Magdalena a los pies del Señor. Esta obra genial, adquirida por el Gobierno, hoy está en sitio de honor en nuestro palacio de Bellas Artes.

La elección estaba justificada de sobra: al más nacional de nuestros educadores, debía tocarle que cincelara su figura el más nacional de nuestros artistas.

Además, el mismo Arias, había modelado con un brío excelso, el busto de bronce de Barros Arana, que durante años ha estado presidiendo —en la sala de honor del Consejo de la Universidad—, las deliberaciones y acuerdos de la Superintendencia de nuestra educación pública.

Por otro lado, nuestro escultor conoció a Barros Arana muy de cerca y pudo así darle a aquel busto el sello característico de su personalidad.

Don Diego posó ante él. La obra resultó magnífica. Por otro lado, el Maestro, que conocía la gran cultura de nuestro artista, influyó para que Arias fuera elegido miembro de la Facultad de Filosofía y Bellas Artes.

Ambos se profesaban un mutuo aprecio.

De consiguiente, aquel escultor estaba indicado para cincelar el monumento del gran educador.

La maquette resultó acertadísima. En estos propios momentos, el autor da los últimos toques y hace las correcciones finales, al fundirlo en Santiago de Chile

En estos días, la primera semana de abril, será inaugurado oficialmente este monumento. Se ha elegido, para ubicarlo, la Alameda de las Delicias, frente a la Biblioteca Nacional, en la cual, como se sabe, está la selecta colección de libros y el rico archivo de manuscritos originales y copias que poseía nuestro egregio historiador.

He deseado, con vehemencia, que este libro, —homenaje del fervor agradecido hacia el Maestro—, coincida al ser dado a la estampa, con la glorificación en bronce que le rinde la parte más granada de nuestro mundo social, político, literario y educacional.

La publicación de sus *Obras Completas* han estado a mi cargo por honrosa designación del Gobierno y en la que he sido asesorado por dos personas parientes de Barros Arana, los señores Gaspar Toro y Luis Barros Borgoño y además por los Rectores de la Universidad, don Valentín Letelier y don Domingo Amunátegui Solar, quienes me proporcionaron saludables consejos y me hicieron sugerencias que tomé muy en cuenta.

En realidad, el verdadero monumento se lo labró a sí mismo nuestro gran historiador con sus propios escritos.

Su nombre traspasó nuestras fronteras.

Su autoridad fué indiscutida, no sólo en los países limítrofes, sino también en los demás de habla castellana y portuguesa.

Las irradiaciones de su talento de investigador y de estudioso de nuestro pasado lo colocaron en un alto sitio, cuyo centro nadie le arrancó en vida.

Su fama llegó a Europa a los grandes centros intelectuales.

Sus libros estaban y están en los anaqueles de las Bibliotecas de Lisboa, en la cual figura una traducción muy bien hecha de la vida y viajes de *Hernando de*

*Magallanes*. En la biblioteca de París, y de Berlín, en el *British Museum* de Londres, donde trabajó nuestro prolijo investigador, que tomó asiento en los días de su mocedad, junto con hombres que llegaron a conquistar renombre universal.

En Amsterdam, Barros Arana era conocido por el erudito Conservador de la Biblioteca Nacional, egregio hombre de estudio, profundo conocedor de los archivos españoles, como lo fuera Prescott.

En sus confidencias don Diego me había contado que, si no hubiera hecho la *Historia General de Chile* habría deseado ardientemente ser el autor de la *Historia de la Revolución e Independencia de los Países Bajos*.

Los Altamiras, los Posadas, los Unamunos sabían de Barros Arana y de sus libros.

En Alemania los grandes libreros de Berlín y de Leipzig, hablaban con gran entusiasmo comercial de "Arana" que consideraban su verdadero apellido; por lo que también en los catálogos figuraban sus *Escritos* en el orden alfabético, en la letra A.

Es sabido que en Leipzig, en la librería de A. Franck, publicó el año 61 (no el 62 como reza la portada, *El Purén Indómito*, del capitán Alvarez de Toledo, cuyo manuscrito había tenido la fortuna de encontrar y de salvar del olvido, dándolo a los moldes con la exactitud extraordinaria que distinguía a nuestro autor.

Por este detalle y otros más que reservo para el texto, se caerá en cuenta que en el extranjero, el nombre de Barros Arana estaba asociado al nombre de Chile, y si Chile era conocido entre los intelectuales de otras razas, era porque él lo había dado a conocer, realizando así el caso más neto de irradiación internacional de que tengamos memoria, excepción de don Andrés Bello, cuya autoridad como lingüista, codificador, educador, literato, internacionalista, fué más amplia y abarcó un horizonte mayor.

Barros Arana durante su vida fué reputado allende los mares y nuestra cordillera, el más gran hombre de Chile.

La posteridad, que ya comienza para él, confirmará este juicio. Y pese a quien pese, este concepto perdurará.

Que Barros Arana tuvo defectos... Pues es claro, ¡si fué hombre! ¿Hay alguno de sus Aristarcos criollos que quiera lanzar la primera piedra? No sea que también tenga el tejado de vidrio...

Este libro no es el alegato de bien probado en que se van a ocultar los lunares, —que los tiene.

Más que todo, más que biografía, esta obra es el estudio de un carácter. Carácter férreo, indomable, irreductible; de una firmeza sin igual, de una dureza sin par.

No conoció la elasticidad, la flexibilidad, la dulzura en las maneras, el "savoir vivre" de los salones.

Su espina dorsal no supo de las reverencias, de los oportunismos; y a chicos y a grandes —sobre todo a los magnates, fueran autoridades civiles o eclesiásticas— los trató con inflexible unilateralidad.

Y éste es un defecto. La realidad de la vida tiene y admite matices. Hay situaciones en que no es posible chocar a cada momento, con el mundo entero.

Con esta clasificación de buenos y malos, en que para don Diego estaban divididos los hombres, se deja fuera a muchas gentes que no son tan malos ni son tan buenos que no dejen campo para dejar de ser semi buenos o semi malos.

Hasta en la otra vida, —cosa que se tienen muy averiguada los teólogos— hay Cielo y hay Infierno; pero también hay Purgatorio y hay un Limbo.

A creer a pie juntillas al Dante, lo mejor es el cielo, pero en sus divinos tercetos, prefirió el Infierno.

A los ojos de Rabelais, era preferible ir al Infierno porque allí se puede conversar con todos los grandes genios del mundo, vitandos, excomulgados, herejes, que van a pagar su heterodoxia, en las regiones infernales.

—¿Habrà cosa mejor, decía el cáustico autor del *Gigante Gargantúa y su hijo Pantagruel*, que estar tratando día a día y en amigable consorcio, con Aristóteles y Platón y los demás filósofos de ese calibre?

Como quiera que sea, lo indiscutible es que en el otro mundo no se admite la clasificación barrosaranista. Tengo para mí que hay matices, graduaciones, divisiones, que diferencian a los humanos.

## VII

### PREPARACION HISTORICO-LITERARIA

*Sus primeros trabajos investigatorios.*—La afición literaria de que ya daba muestras a los 18 años de edad se desarrolló en

forma neta y precisa hasta formar lo que él llamaba "un hábito", una costumbre.

—Mi padre, decía, no me negó nunca dinero para comprar libros y en una ocasión la cantidad de patacones fué tan considerable que en el salón de mi casa los amigos de la familia llegaron a alarmarse, pensando que don Diego Antonio se había vuelto loco, por dar al muchacho esa barbaridad de plata para destinarla a comprar libros viejos.

En efecto, el joven historiador pudo adquirir libros de la más peregrina rareza, hasta incunables de ocasión; de suerte que podía satisfacer sus anhelos de estudio en la forma más amplia posible. No le escatimó fondos tampoco para la adquisición de libros y manuscritos, con lo que su pasión de bibliógrafo incipiente pudo satisfacerla a una edad muy temprana, cuando los compañeros de su tiempo, salvo García Reyes, (nacido en 1817), no se ocupaban de estas cosas.

A don Antonio corresponde, efectivamente, el honor de haber sido el iniciador de la publicación de documentos inéditos sobre la historia nacional; eso sí que en una forma muy deficiente. Las primeras copias se dieron a la estampa en la prensa periódica.

Después (1861) se reprodujeron obras históricas de muy difícil adquisición.

En ese año, empezó la *Colección de Historiadores de Chile y Documentos relativos a la historia nacional*, y se encargó de la impresión don Juan Pablo Urzúa, el conocido propietario de *El Ferrocarril*, quien tomó a su cargo el primer volumen que se compone de las cartas de don Pedro de Valdivia y el primer libro de actas del Cabildo de Santiago, llamado el *Libro Becerro* (1541-1557). Por lo difícil de la letra, confusa y oscura del original, en algunas partes, no se ha venido a dar una versión fiel y auténtica sino recientemente. Me refiero a la bella edición paleográfica que José Toribio Medina dió a la estampa en Sevilla, en el año de 1929.

Barros Arana dirigió la impresión de los once primeros tomos de aquella colección. Medina se hizo cargo de ella en 1888.

La parte que obedece a un mejor plan crítico, histórico y biográfico, es la realizada por nuestro autor en estos once primeros tomos de aquella colección, los cuales abundan en noticias de este orden, aclaratorias del texto y muy eficaces para la comprensión de la época, sobre la cual versa el documento.



Así, Barros Arana quiso dar la pauta en este género de trabajos, hoy seguido por cuantos lo cultivan en el mundo sabio. El documento escueto no se concibe: es preciso explicar su sentido, comparado con otras fuentes de investigación que lo corroboren o lo contradigan; en una palabra, que lo aclaren totalmente, sea en su aspecto literario, sea en su aspecto histórico o ideológico.

La parte más valiosa de la documentación fué la que coleccionó en España. Creo que nada más completo puedo ofrecer sobre el particular que las cartas mismas que el propio Barros Arana escribiera acerca de sus búsquedas en los Archivos de la Península.

En cierto modo esas cartas se las diría inéditas, no obstante haber sido publicadas, una en *El Mercurio* de Valparaíso el 16 de enero del año 60, fechada en Madrid a 9 de noviembre de 1859, y la otra el 31 de enero de 1860, en el mismo diario de Valparaíso, datada el 24 de noviembre del año 59.

Efectivamente, en el prolijo trabajo acerca del centenario de *El Mercurio*, no se consigna noticia alguna acerca de ellas ni tampoco hace mención al respecto la bibliografía de Chiappa, la más completa de todas y que ha servido de base a cuantas, con posterioridad, se han dado a la estampa. En este sentido son "inéditos", en cierto modo, esos interesantes documentos que tratan de la época en que Barros Arana inició en la Península sus valiosísimas copias y extractos en el Archivo de Indias y Simancas, y en la Biblioteca Nacional de Madrid, y en la no menos rica de la Academia de la Historia.

En este inmenso tesoro de manuscritos nuestro autor tomó notas, copió fragmentos, coordinó piezas sueltas y trucas, reuniendo, como dice nuestro autor, por todos los medios el esparcido y precioso tesoro histórico que da idea exacta de lo que fué la conquista y la colonización de Chile. Nuestro autor vió abrirse un horizonte completamente nuevo para el estudio de la Historia Americana. "Los documentos, agrega, me han revelado que había mucha gente en Chile que especulaba con la prolongación de la guerra araucana, lo cual ayuda a explicar la historia de dos siglos de combates. En otras piezas he conocido cuán grande era la ceguera de los consejeros de los reyes españoles, en materias económicas y cuán enormes daños producía

el exclusivismo que dominaba en su política en asuntos de industrias y de comercio".

En Simancas, desligados algunos legajos de los que se transportaron a Sevilla relativos a las Indias, encontró una colección original de don García Hurtado de Mendoza, sobre su campaña de Arauco, no conocida entonces por ningún historiador, y además legajos de relaciones de méritos de los conquistadores y colonizadores de Chile, que son fuentes autorizadas de datos biográficos.

Nuestro autor —ya se comprenderá— no salió de allí con la cartera vacía: copió o hizo copiar, todo lo que ofrecía interés.

Encontró en Madrid dos poemas inéditos acerca de la conquista de Chile, *El Purén Indómito* de Alvarez de Toledo, citado por León Pinelo en su *Biblioteca* y el otro, enteramente desconocido. Vió y leyó el códice original, sin título ni nombre de autor, lleno de enmendaturas y correcciones, pero que posee rasgos de muy buena poesía. De mucho más mérito, éste, que el anterior, comienza su acción con la muerte del Gobernador Oñez de Loyola (fines del siglo XVI).

En sus búsquedas laboriosas, nuestro diligente erudito consiguió un ejemplar de la rarísima *Araucana* de Santisteban Ossorio, y no salió de la capital sin llevar consigo copia de los dos primeros poemas (con los de Oña y Ercilla) a que ha dado lugar la Conquista de Chile.

En esta ocasión también halló una *Descripción histórica y geográfica de Chile y del Perú* (1605) del Obispo Ovando, de La Imperial, pieza interesantísima que descubre lo que eran nuestras ciudades, su población, industria y sus hábitos en aquella época.

Reunió asimismo un grupo considerable de documentos relativos a los piratas de América, ingleses, holandeses. Este era uno de los grandes vacíos entonces de nuestra historia.

Una vez terminadas estas diligencias tan fructuosas se dirigió a Sevilla, con el propósito de compulsar el Archivo de Indias, para completar sus investigaciones.

Don Claudio Gay, poseedor de una riquísima colección de documentos, le había dado entrada libre a los referentes a Chile, que le sirvieron para preparar la extensa obra que el Gobierno le encomendara y cuya redacción el sabio entregó a

terceros que no sabían de la misa la media, sino hacer frases embrolladas y estrambóticas.

Como se sabe, lo mejor fué lo redactado por el sabio francés.

El mérito de la gran obra de la *Historia de Chile*, que lleva el nombre de don Claudio, se compone de partes de mérito muy desigual; la realizada por los subalternos españoles de marras, y el primero y los tomos finales, que son excelentes, trabajados por el naturalista distinguido que dió remate a la obra en el transcurso de varios años.

La publicación de esta extensa obra, demoró mucho. Los suscriptores, que se impacientaban, por la tardanza, no concebían que un estudio tan magno de la historia civil y política de Chile, de su botánica, de su zoología, de su agricultura, no se hace a máquina, sino después de laboriosos cotejos y de reunir el material de documentación necesario, ni se improvisan de golpe y zumbido como una obra de pura imaginación.

Nadie ignora que Monsieur Gay dió a la estampa dos gruesos volúmenes de los *Documentos* que había logrado reunir y que finalizó la obra con un mapa que, para su época, es magistral. Pudo también el distinguido sabio francés, utilizar en la parte contemporánea, las relaciones verbales de muchos actores o testigos de los sucesos ocurridos en la época de la Revolución, de la Reconquista Española y de la Independencia de Chile.

Con todos los defectos y vacíos que aquella historia tiene, siempre en muchas de sus partes puede ser leída y consultada. En las descripciones científicas, en que pusieron mano muchos extraños, de nacionalidad francesa los más, se advierte un conocimiento sólido que hace ver, de un modo general y sistemático, un cuadro completo para su tiempo y muy digno de recuerdo.

Claro es que hay vacíos enormes, errores de detalles, malas clasificaciones, como acontece también con la *Historia Natural* de nuestro compatriota el Abate Molina, que por la naturaleza de las cosas contiene inexactitudes que los naturalistas posteriores, con mayor conocimiento de la materia, han debido rectificar. Todo esto no resta mérito a las obras que han iniciado los estudios que tratamos.

El mérito insigne de estas obras está justamente en que han sido los primeros en

iniciarlas, y bien es sabido que el primer paso es el que cuesta.

De la *Historia civil, política y religiosa* de Eyzaguirre, se pueden sacar a colación los grandes vacíos y errores que contiene, puesto que escribió en una época en que quedaba por conocerse una inmensa parte de lo que en aquella época no estaba al alcance de nadie, en razón de que no habían sido explorados los archivos, ni había el caudal de noticias que la investigación posterior dió a conocer.

El mérito grande de la *Historia General de Chile*, emprendida por Barros Arana, después de las adquisiciones que quedan ya referidas, es haber coordinado esta montaña de documentos, cotejándolos después de compulsas laboriosas en los archivos; completándolos con otras fuentes varias de investigación comparada, para así tener un conjunto de datos sometidos al crisol del análisis, con el ánimo entero de buscar la verdad.

Nuestro autor también dispuso, como hemos recordado, de archivos valiosísimos personales reunidos por los jefes de las campañas de la Revolución y de la Independencia (Generales Carrera, O'Higgins, San Martín), y en tiempos posteriores durante la organización de la República, de las memorias de Beauchef y de Tupper. Puso a contribución también las memorias del General Miller, que tanta luz proyectan sobre las campañas militares de la Independencia de América dirigidas por Bolívar. En este trabajo de preparación demoró treinta años más.

Pudo empezar su *Historia General*, que era su ambición, su sueño dorado, a raíz de su vuelta de la peregrinación forzada de los años 59 y 60, puesto que ya traía en su bagaje el caudal enorme de documentación a que nos hemos referido. Hemos de ver, después, por qué causa no se realizó esta empresa, sino corridos muchos años más.

Un hombre de estudio, si los hay, tenía por fuerza que aprovechar la peregrinación política o antipolítica que había realizado a raíz de los acontecimientos que llevaron al destierro a otros muchos hombres de espíritu liberal, complicados en el volcán de pasiones que ardía en Chile y que estalló en la sangrienta guerra civil.

Barros Arana en Buenos Aires había tenido oportunidad de congraciarse con el señor Balcarce, suegro del General San Martín, de cuyo archivo era depositario, y



obtenido que consintiese en abrirlo por primera vez, para verlo y estudiarlo. En esta metrópoli, enfascado en el Archivo Nacional, hizo estudios muy curiosos y completos sobre la guerra de la Independencia.

Con razón, decía nuestro héroe que estaba lejos entonces de ser un historiador incipiente, en creer haber hecho todo lo posible por emplear bien el tiempo que el Gobierno de su patria le hacía peregrinar por haber tenido la franqueza de censurar sus actos.

Cumplióse así en acto el adagio aquel que reza: "no hay mal que por bien no venga".

Barros Arana tuvo particular cuidado de llevar un diario de todo lo que veía y observaba, con el propósito de escribir más tarde sus viajes por la Península.

De este libro de memorias acerca de su viaje no hay, que yo sepa, vestigio alguno. Seguramente la entrada a la carrera administrativa de la enseñanza que le ofreció el gobierno de Pérez por intermedio de su Ministro don Miguel María Güemes y la redacción de los textos que sirvieron para la enseñanza en todo aquel período en que gobernó el Instituto Nacional, colocándolo a la altura del mejor de los similares de nuestra costa del Pacífico, le privaron de ordenar aquellos apuntes y de darlos a la estampa.

Como Benjamín Vicuña Mackenna, que había ido a Europa por segunda vez y recorrido casi todos los mismos sitios que don Diego en España, en Francia, en Bélgica y en Londres, y había dado a la estampa sus famosas cartas a *El Mercurio*, firmadas *San Val*, que son una miscelánea agradabilísima, un calidoscopio brillante, luminoso y variado como el arco iris, en que trata a la vez de los sucesos de la guerra franco-alemana, dedicó una gran parte a cuestiones literarias. Me imagino que don Diego, no querría tratar un tema explotado por la magnífica pluma de su amigo, que también sacó o hizo sacar copias de la documentación de Sevilla, de Simancas, del British Museum, etc.

Don Diego había sacado o hecho sacar copias de los documentos interesantes a la historia patria, y Vicuña Mackenna a su vez las había sacado o hécholas copiar. Además, ambos habían hecho extractos de los documentos que no le parecieron demasiado interesantes para sacar una copia

íntegra de ellos, limitándose a extractarlos, pero no todas las partes extractadas eran las mismas ni las copias de los documentos fueron las mismas y resultó, como era lógico, que había copias comunes que ambos trajeron de Europa y los extractos también se alcanzaban. La colección de manuscritos de Vicuña abarcaba una serie de tomos magníficamente empastados. Del cotejo de ambas colecciones resultaba que una completaba la otra. Así fué que cuando don Diego, en 1884, se sentó a redactar la gran obra de la *Historia General* de nuestro país, obtuvo que su amigo muy querido le brindara generosamente, en préstamo, su colección para que la aprovechara ampliamente en la redacción de la obra que iba a ser la gloria de nuestro gran historiador y la gloria de nuestra patria.

En su oportunidad, haré un análisis de ese magno trabajo, lo más completo que se haya hecho en América y, sin duda, lo digo rotundamente, sin excepción alguna. No hay país en la tierra que tenga una historia más prolijamente estudiada que la que emprendió nuestro analista del pasado, como no hay ningún país que en poco menos de 300 años de vida, desenvuelva su historia en 16 gruesos volúmenes.

Por ahora, básteme recordar que la pasión del erudito bibliógrafo, por los papeletes viejos, por las crónicas remotas, algunas en verso, que descubrió en sus búsquedas en Mendoza, en Buenos Aires, en Madrid, en Simancas, en Londres, en Bruselas, en París, etc., encontró las bases fundamentales de la investigación, como asimismo, las vastas colecciones cartográficas, antiguas y modernas, eran eficaces y suficientes demás para formar el cuadro general que proyectó y realizó.

Claro es que después, otros apasionados bibliógrafos, meritísimos, exploraron de nuevo los archivos y pudieron obtener nuevos y nuevos documentos, algunos de importancia capital, pero muchos, muchísimos, los más de relativa importancia. Sólo que sí podían contribuir a añadir pequeñas noticias, curiosos detalles, pequeños agregados, que no alcanzan en manera alguna a alterar en sus líneas generales el cuadro definitivo que nuestro historiador logró formar.

Ese cuadro quedó intacto.

Así las minuciosas historias que don Crescente Errázuriz, muy importantes en lo relacionado con el gobierno eclesiástico de Chile y de que había dado muestras en su

hermoso libro *Orígenes de la Iglesia Chilena*, tiene partes definitivas.

Lo mismo digo de los dos volúmenes que don Crescente consagró a los *Seis años de la Historia de Chile*, a raíz de la sublevación araucana, en tiempos de Oñez de Loyola. Estos libros son magistrales.

No digo lo mismo de la serie de volúmenes dedicados a don Pedro de Valdivia, el Conquistador de Chile, ni el tomo consagrado a don García Hurtado de Mendoza, ni los demás volúmenes tan prolijos que dedicó a historiar los gobiernos siguientes.

Especialmente, los dos volúmenes dedicados al Conquistador de Chile, no agrega cosa capital alguna en la figura ya conocida del Conquistador. Ciertamente que hay datitos nuevos, detallitos curiosos, anecdotitas interesantes, episodios bonitos, pero todo eso es secundario. Son rasgos que no alteran en lo menor la figura trazada por Barros Arana, que sigue y seguirá la misma, a pesar de todos estos agregados que la investigación posterior ha podido acopiar.

Lo que sí hay que confesar, y don Diego lo sabía demás, es que si no se podía agregar gran cosa a la principal figura de la conquista, ni al cuadro general, sobrio y sintético de los conquistadores y que no se podía decir nada nuevo y fundamental en lo del proceso a don Pedro de Valdivia, cuya documentación lanzó nuestro autor antes de aprovecharla, restando así la novedad que importaban estas piezas, como lo relacionado con el proceso de la pacificación del Perú, a que supo poner término la mano vigorosa del clérigo La Gasca. En cambio, en lo relacionado con los procesos del Santo Oficio —documentación que Medina tuvo la fortuna de encontrar—, eso sí que alteraba considerablemente en líneas muy importantes, personajes de primera magnitud, cuyos procesos no los conoció don Diego, sino en partes muy reducidas.

Además, la documentación de Medina, en la parte relacionada con la bibliografía de la imprenta en América, esa sí que también habría servido para formar un cuadro general nuevo, un libro nuevo sobre el particular.

En este mismo orden de ideas, quiero anticipar que don Diego, no conoció a fondo y de un modo completo, sino el primer libro de actas del Cabildo de Santiago, y los tres volúmenes que don Miguel Luis Amunátegui dió a la estampa acerca de las actas capitulares de esta corporación, que son la vida de la ciudad. Lo demás de

semejantes actas estaba en los sótanos de la Municipalidad de Santiago, y Vicuña Mackenna fué uno de sus aprovechadores en la espléndida *Historia de Santiago*, que se debe a su mágica pluma.

Don Diego me decía en una ocasión:

—La parte final de la *Historia Social de Santiago*, de Benjamín, es un cuadro completo; hay ahí muchas mentirijillas, pero francamente el cuadro general abarca todos los aspectos y no deja nada que desear.

Y así es la verdad.

Lo propio digo de la *Historia de Valparaíso*, no tan importante como la crónica tan pintoresca de la historia de Santiago, pero abarca las noticias más curiosas sobre el comercio porteño, sobre la navegación y todo lo relacionado con la vida del mar. Eran los días que Vicuña Mackenna estaba en la plenitud de su talento vigoroso y ameno como ninguno de nuestros historiadores. Cuando trazó él mismo su *Historia de la Isla de Juan Fernández*, ya nuestro autor estaba en decadencia y más lo estaba todavía en los ampulosos volúmenes que escribió acerca de las campañas de la guerra contra el Perú y Bolivia. Antes, Vicuña hizo su mejor libro para mi gusto, *Los Viajes*, que tiene preciosidades. En su *Portales*, ha sabido dar la fisonomía más cierta del gran Ministro; eso sí que en su aspecto casero, porque nos ha dado el personaje en deshabillé, valiéndose en parte del epistolario portaliano que logró conocer: nadie pinta mejor a Portales que el propio autor de las cartas.

Para el gusto de don Diego, el *Portales* constituía el mejor libro de Vicuña Mackenna.

Muchas veces me habló de los historiadores chilenos.

De Sotomayor Valdés decía:

—Escribe bien. Es relamido. Adopta cierta entonación dulzona y cuidada que al fin empalaga. Es muy flojo (agregaba). Tiene talento, pero no ha sabido aprovecharlo. Con las condiciones literarias que posee ha podido hacer su trabajo histórico más completo que el que ha dado a luz.

De Gonzalo Bulnes, me observó una vez:

—Bulnes es un verdadero escritor; tiene un talento extraordinario y desde sus primeros trabajos de juventud hasta ahora, los de la edad madura, son excelentes. Sabe lo que dice y lo dice de una manera expresiva y clarísima.

Los juicios de don Diego revelaban un

buen catador literario. Maestro de retórica y de bellas letras, ha revelado un gusto exquisito en su tratado de *Composición literaria*. Por lo demás, la lectura asidua de los grandes escritores franceses, especialmente habían depurado su paladar crítico. En la lectura de los clásicos españoles, había aprendido a manejar la pluma con ductilidad flexible, sazónada —cuando hacía artículos— con esas puntas de ironía que eran la característica de su temperamento.

Pero cuando escribía su *Historia General*, adoptaba una moderación excesiva y limpiaba su estilo de toda exornación, exclamación o figura retórica. Se revestía de una frialdad que ha engañado a críticos que no carecen de talento, pero que se han tomado el trabajo inaudito de contar página por página, en los 16 tomos de esa *Historia*, cuantas veces don Diego usó una exclamación...

Estoy hablando de don Pedro N. Cruz, notario de Santiago, que ha hecho este maravilloso ejercicio de contabilidad: Barros Arana, en los once volúmenes publicados en la obra sólo una vez, el fusilamiento del bandido Neira lo pone sentimental: lo hace dejar caer una melancólica lágrima en la tumba del salteador y ladrón aquél; y exclama:

“¡Suerte infeliz y deplorable de un hombre que había conseguido hacer olvidar en parte sus malos antecedentes con los servicios prestados a la revolución, y que habría logrado tal vez rehabilitarse si hubiera tenido fuerza de voluntad para sobreponerse al dominio de sus malas pasiones!”. No es gran cosa; pero advierto que, en los once volúmenes publicados de la *Historia General*, ésa es la única frase verdaderamente exclamatoria que he encontrado y representa la nota más aguda a que alcanza la sensibilidad de Barros Arana como escritor. Es curioso. Refiere innumerables fusilamientos y escenas terribles sin inmutarse. ¿Qué virtud tendría ese bandido para ponerlo sentimental?

Este malévolo juicio indica el calibre parcialísimo del crítico notario. Y cuando juzga a don Diego en el capítulo inicial, referente a los orígenes del hombre, las uñas del sacristán se ensañan verdaderamente. Entonces destila todo su veneno, porque se considera que hay que rebatir a los escritores cuando atacan a la Iglesia Católica. Sin poseer la menor dosis de la ciencia de la paleontología, etnografía y de las ciencias derivadas, da en la flor de pre-

tender impugnar a un hombre que sabía de estas cosas.

Por lo demás, un escritor de talento salió a la palestra en defensa de los fueros de la verdad científica y en una serie de artículos golpeó reciamente al crítico que, en esta materia, no sabía, ni sabe ni sabrá nunca de la misa la media. Me refiero al hábil escritor Luis Arrieta Cañas.

El crítico dió algunos palos de ciego y concluyó por callar, y siguió en su oficio de notario de Hacienda.

Mientras tanto, Arrieta con citas irrebatibles, con autoridades verdaderamente notables, de hombres eminentes, verdaderos sabios en la materia, hizo añicos las pretendidas defensas anticuadas, fiambres por completo, copiadas de argumentos que no podían pesar en la balanza de una discusión seria, de buena fe y con espíritu libre de prejuicios.

Arrieta demostró dotes de polemista formidable. Cuando ya iba de vencida el crítico notario-estadístico de Hacienda, empleó con Laferrière y otros sabios de fuste, el sistema de la ironía más abrumadora. Se me antoja pensar que en eso está la mano del propio Barros Arana, quien en esto de las discusiones por la prensa, concluía por recurrir al arsenal infinito del chiste intencionado, salpimentado, agresivo, corrosivo, pleno de ridículo. Arma del género periodístico en que era un maestro insuperable. El chiste envuelto en formas risueñas lleva en el fondo el sarcasmo más sangriento. El polemista sabe del valor de esta bala doon doom, que traspasa al adversario, reventándole las entrañas al explotar.

En este género, Barros Arana era insuperable, y Arrieta, en mi entender, carecía de este don.

Don Diego, al revés, había sido desde su mocedad guerrillero de la prensa periódica, y en las afamadas campañas sostenidas contra el gobierno de Montt, en 1858, quien más recurrió al sistema doon doom fué don Diego.

## VIII

### INICIACION LITERARIA

*Primeros ensayos.*—Don Diego, en su juventud más temprana, desenvolvió sus facultades literarias, ensayándose primero en las traducciones del francés, idioma que

conocía a fondo y hablaba a la perfección; lo mismo que su hermano José.

El primer trabajo de esta índole que efectuó, fué la traducción de *El Caballero D'Harmental*, novela histórica de Dumás, padre, para los folletines de *El Mercurio*, de Valparaíso, de que era dueño don Santos Tornero.

Este distinguido español, a quien mucho se debe el desenvolvimiento de la prensa en Chile, ha estampado bajo el título de *Reminiscencias de un viejo editor*, sus recuerdos, que sirven con eficacia de contribución a la historia de la imprenta en Valparaíso. Estableció librerías en el puerto, entre otras la librería de *El Mercurio*, e hizose impresor y editor.

Una librería similar fundó en la capital y, aunque subsiste esta última todavía, ha perdido su nombre, porque un comerciante de la vecindad se lo usurpó, prevalido de que Carlos Tornero, su dueño, no sacó la patente de la propiedad industrial. Le ganó el quién vive, y la obtuvo para sí. Legalmente tenía razón el usurpador, pero moralmente, no.

Los recuerdos del fundador de este apellido en Chile, contienen datos valiosos.

Compró la imprenta de *El Mercurio*, al célebre tipógrafo español, don Manuel Rivadeneira, maestro consumado en el arte de Gutenberg. A aquel se deben las mejores impresiones conocidas en Chile hasta 1842, año en que llegó recomendado a don Diego Antonio Barros, respetabilísimo comerciante, padre de don Diego.

Con una recomendación tan eficaz, logró Rivadeneira hacerse cargo de la imprenta de *El Araucano*, diario oficial de Chile. El primer número de este periódico publicado bajo la dirección de Rivadeneira, apareció "como vestido de nuevo", como si se hubiera empleado tipos nuevos, cuando eran los mismos, completamente remozados por la mágica mano del inteligente impresor que lo había tomado a su cargo.

Rivadeneira fué, como se sabe, posteriormente en la península, el editor de la afamada gran *Colección de autores españoles*, que alcanzó a varios centenares de volúmenes, que se distinguen por la limpieza de la impresión y por la escrupulosidad de su corrección de pruebas, en la que es difícilísimo cazar un gazapo.

Barros Arana participó en los folletines de *El Mercurio*, con las traducciones antes aludidas, a las que siguió la composición

de un *Ensayo histórico sobre la regencia del Duque de Orleans*, para servir de continuación al *Caballero D'Harmental*, de Alejandro Dumás, padre. En este trabajo participó su hermano menor, don José, que fué un brillante alumno del Instituto Nacional. Enfermizo y de delicada complejión, como lo fué también don Diego; murió tempranamente, cuando era una bella esperanza.

Es curioso anotar la circunstancia de que casi todos los escritores de Chile y de otros países, han comenzado su carrera literaria haciendo traducciones, tarea que los preparaba para la composición de trabajos originales.

Otra traducción emprendida por Barros Arana, entonces de 18 años de edad, fué la de la *Historia de treinta horas o revolución de Febrero de 1848*, por Pierre et Paul, también en colaboración con su indicado hermano.

En este año del 48, tradujo la novela *Piquillo Aliaga, o los moros en tiempo de Felipe III*, de Eugenio Scribe.

Juntamente con la afición literaria, se despertó en él la afición artística. Por aquellos años se fundaba en Santiago la primera academia de pintura, bajo los auspicios del gobierno.

Poco después, llegaba al país uno de los hombres que ha tenido mayor influencia en el desenvolvimiento del arte pictórico.

Hablo de Monvoisin, quien hizo dar pasos de gigante al arte del retrato. Laureado artista francés, con premios honoríficos en la Escuela de Bellas Artes y en el Salón de Pintura de París, visitó varios países del continente americano, quedándose entre nosotros para ejercer la más grande influencia, hasta tener el honor de ser el punto de partida de la cultura artística chilena.

En su taller, que fué su academia de pintura, se formaron pintores estimables: Francisco Mandiola, patriarca del pincel, nacido en Copiapó en 1820; Gregorio Torres, argentino, y Procesa Sarmiento, hermana de don Domingo Faustino Sarmiento, y otros.

De sus retratos, el del Obispo Elizondo, es uno de los mejores. Esta magnífica tela, de un verismo supremo, figura en nuestro Museo Nacional.

Acompañaba a este célebre pintor francés, una señorita, Clara Filleux. Oí contar a don Diego, que frecuentaba el taller del maestro, que esta niña, socia y amiga del

artista, era la que trajeaba los retratos mecánicamente, valiéndose de unos moldes o plantillas de papel.

Los salones de Santiago, están llenos de las obras de Monvoisin. Sin duda fué uno de los mejores retratistas habidos entre nosotros. Sabía darle al rostro una fuerza extraordinaria de expresión, caracterizándolo con toques soberbios. Las aficiones de don Diego, al dibujo y a la pintura, tomaron bastante desarrollo, con el establecimiento oficial de la antes citada academia de pintura, de la que fué alumno aventajado, un pariente de él, José Luis Borgoño, que como aficionado perfeccionó sus estudios en Europa, y en Chile fué profesor de dibujo en algunos colegios particulares.

Por aquellos años arribó a nuestro país un artista italiano, que era escenógrafo de una de esas buenas compañías de ópera, que después de ir a debutar en el teatro de Copiapó, venían a hacer las delicias de los habitantes de la capital.

Contaba don Diego que él asistía en persona a la fabricación de los grandes telones que servían para las representaciones líricas y quedaba maravillado de la ejecución. Embadurnaba el artista las grandes telas con tarradas de pintura y con una escoba iba esparciendo los colores grosso modo; luego, con pinceles de diversos tamaños y con una rapidez pasmosa, hacía la composición, y aparecían los bosques de follaje ornamental, montañas nevadas, puestas de sol, noches de luna, lagos y ríos, iglesias y caseríos, mares mansos o agitados, cielos azules; en fin, toda una maravilla, que lo dejaba suspenso e interesado, pasándose las horas muertas en la contemplación de este trabajo que para él tenía un raro atractivo.

El escenógrafo se apellidaba Giorgi.

Poco a poco, fué creciendo esta afición al arte de la pintura. El joven Barros Arana declaró que quería ser pintor, artista, dibujante, escenógrafo.

—En mi casa hubo un revuelo. En el salón fué objeto de comentarios este deseo mío de ser artista.

—¡Cómo!, decían, ¡cómo puede ser pintor el hijo de don Diego Antonio! No puede ser, exclamaban escandalizados.

Ha de saberse que ser pintor en aquellos años era como ser artesano, un oficio ordinario, reservado a las clases inferiores de la sociedad.

Pasada esta ráfaga de entusiasmo pictórico, se desenvolvió la afición literaria que fué su verdadera cuerda, sin que lo abandonara nunca.

Era un caricaturista intencionado. Cuando conversaba, así distraídamente, solía de un modo inconsciente, trazar en el papel rayas artísticas, formas arquitectónicas, figuras medio delineadas.

Conservo entre mis papeles como una curiosidad, uno de estos pequeños apuntes que representan una blonda imaginaria de vestido femenino.

Se diría también que don Diego fué poeta de vocación. Como una curiosidad reproduzco en seguida una de las pocas composiciones rimadas que dió a luz en *El Museo*. Dice así.

*A mi amigo Manuel Blanco Cuartín, en contestación a su epístola poética titulada "La Vida".*

Ya que tu musa maldita  
me ha puesto en el duro aprieto  
de estar al metro sujeto  
al darte contestación:  
a tu epístola chistosa  
sobre lo que es esta vida,  
aunque taches de atrevida,  
yo te expondré mi opinión.

En esta comedia humana  
siempre el necio es el que llora:  
vale más reirse a toda hora  
y despreciar el latín  
que estulto llama al que ríe.  
Vivir formal es resabio  
del que aparenta ser sabio  
sin saber más que un rocín.

El más feliz es ese hombre  
que no conoce pesares,  
y cruzando estos mares  
no lo abandona el reír;  
ese a quien nada le aflige,  
ni dolor, ni sentimiento,  
y pasa siempre contento,  
sabe dichoso vivir.

Si este mundo es defectuoso,  
tiene de bueno un costado:  
escojamos el buen lado  
y burlemos el dolor.  
Querer torcerlo es capricho  
de algún pobre mentecato  
que se devana insensato,  
en busca de otro mejor.

Con lucidez explicaste  
 las miserias de esta vida;  
 ¿y quieres que no te pida  
 tu buena cooperación?  
 Pues sábetete que *El Museo*  
 entre los suyos te cuenta;  
 escribe que en vez de renta  
 obtendrás tu aprobación.

Olvida, Manuel querido,  
 lo que dices del empleo,  
 y escribe para *El Museo*  
 buenos sarcasmos con sal  
 Que si me pongo a hacer versos  
 aunque escribiera primores  
 no hallaría suscriptores  
 que pagaran un real.

Y me despido con esto . . .  
 tú sabes que de poeta  
 Dios no me dió la chaveta,  
 ni jota de inspiración.  
 Prosa sí, tomo tras tomo,  
 te escribiré, si tú quieres,  
 que las musas son mujeres . . .  
 y tú sabes lo que son! . . .

Don Diego versificaba con extraordinaria facilidad. Su musa ramplona, de pesado volar, despuntaba generalmente por la vena satírica. Hasta sus últimos años, por esparcimiento de su espíritu y burla, burlando, y siempre en este género, solía componer largas tiradas de versainas bufas, graciosas, de un chiste intencionadísimo para hacer reír y, sin mayor propósito. El género epigramático era su fuerte. Sus cuchufletas rimadas eran muy celebradas por sus íntimos.

Aún en su gran *Historia General*, suele a veces recordar, por vía de nota, algunas ocurrencias en forma de versos. Así, hablando del General Osorio, militar adusto que dominó en Santiago en la época de la Reconquista, recuerda que este magistrado aún en los asuntos más serios de la administración, daba en la flor de proveer en verso. Cita algunas providencias de este género rimadas. Entre otras, recuerda que en cumplimiento de un decreto gubernativo expedido por el General Osorio, se notificó de cupón de multa que le tocaba a un señorón español; quien alegó que con él no rezaban multas ni cupos de guerra ni cosas parecidas. El era noble de España, de rancio abolengo, y por ley y por costumbre tradicional, escapaba a este género de exacciones. El reclamante, era un pariente de Augusto Orrego Luco. El gobernador proveyó:

Como Luco y Aragón  
 libre de contribución;  
 como vecino y pudiente,  
 pagará al día siguiente.

En la época de la revolución contra el gobierno de Balmaceda, en 1891, fué perseguido por la autoridad y anduvo de seca en meca, escondido de los polizontes que querían llevarlo a la cárcel, como preso político. Se asiló en la Recoleta Dominicana. Buscando un sitio más seguro, consiguió que el Decano del Cuerpo Diplomático, don José Arrieta y Perera, lo convidara a su fundo de Peñalolén. Ahí permaneció escondido, junto con varios otros revolucionarios que fueron ahí a parar, como punto de salida para emprender el viaje al norte, a fin de juntarse con el ejército constitucional que en Iquique preparaba la resistencia que llevaría a término la campaña congresista.

Don Diego fué el alma y la alegría en aquella larga expectativa, que se desenlazó en los campos sangrientos de Concón y la Placilla.

Luis Arrieta Cañas, hijo del dueño de casa, atendió gentilmente a los huéspedes y sirvió la causa revolucionaria con la mayor eficacia.

En esa época, don Diego escribió muchas versainas contra el dictador. Lamento sinceramente haber perdido la copia de un largo fragmento de poema heroico en que se burla del dictador y del candidato oficial, que debería sucederle el día 18 de septiembre de ese año.

Los versos van enderezados contra don Claudio Vicuña, que aparece actuando en Llay-Llay en su hacienda de Las Palmas. Son versos divertidísimos.

Asimismo, escribió una serie de retratos que eran epigramas de mostaza gruesa con perdigón agudo y punzante.

Sería curioso reunir, porque andan muy dispersas por ahí estas muestras de poesía ocasional en que nuestro historiador se entretenía, divirtiendo a los demás con su verba festiva y picaresca.

Uno de los sobrinos de don Diego, de feliz memoria, Fernando Barros, me recitó una vez, siendo mi alumno en el Instituto Pedagógico, una larga tirada de versos políticos de su tío. Los recordaba con una rara precisión y se los sabía al dedillo. Desgraciadamente, este joven murió en Londres, de una manera inesperada y no ha dejado, que yo sepa, nada escrito de lo



mucho que pudo haber producido, dotado como estaba de un talento vigoroso y de una afición al estudio muy desarrollada.

## IX

### EL AMBIENTE SOCIAL DE LA EPOCA

El ambiente social de la época en que Barros Arana vió la primera luz (16 de agosto de 1830), presentaba características que conviene anotar. Era una atmósfera colonial en evolución muy lenta que había tenido lampos fulgurantes en la época de la Revolución y después, durante la administración de Pinto (1828-29), destellos progresistas. El chispazo del gaditano Mora no fué de duración. Al revés, se apagó esa influencia, demasiado prontamente.

Como lo demuestra el coronel Godoy en su hermoso libro *Espíritu de la prensa chilena* (1847), estaban vivas y potentes, reverdecientes, las raíces del pasado colonial.

Lo ha demostrado también Lastarria, con visión de alto pensador, en su memoria histórica *Investigaciones sobre la influencia social de la conquista y del sistema colonial de los españoles en Chile* (1844).

Estaba vivo todo lo antiguo: ideas, prejuicios, preocupaciones, costumbres, rebrotaban con la savia de la supervivencia, que aparecía intacta y como incólume. La Iglesia, todopoderosa; la enseñanza, con su perfume a teología y a incienso; la enseñanza primaria, en pañales —criatura que daba los primeros vagidos—; la enseñanza secundaria, limitada a poquísimos ramos, y el latín (no el latín clásico), señoreándose sin contrapeso, mientras la lengua castellana, la lengua madre, era ignorada en absoluto.

Se escribía mal y se redactaba peor. Las bibliotecas, con mucho libro antiguo y con poquísimos o ninguno moderno. Ni vestigio de ciencias.

Tal era el panorama. Cuando Mora, en 1828, vió esto, comprendió claramente que la salvación del espíritu civilizador debería irradiar de las aulas elementales. Pensamiento es éste, que el genial fraile de la Buena Muerte, proclamó con visión de iluminado, desde aquel faro inmortal que fué su tribuna, su púlpito sonoro: la *Aurora de Chile*.

Unos pocos, muy pocos, lo acompañaron en esta jornada. El doctor Juan Egaña; su hijo don Mariano, tan ilustrado como reaccionario, mezcla extraña de un hombre que

vislumbraba el progreso, pero al cual retenían las telarañas de lo antiguo; don Manuel de Salas, prototipo que no tiene par en su intuición hacia lo práctico, de grandes proyecciones como educador, que dió un plan pedagógico que aún hoy después de siglo y medio, casi causa verdadera admiración. La claridad con que adivinaba el porvenir de la enseñanza en su Academia de San Luis, lo señala como un faro en lo oscuro de la incompreensión reinante entonces. Su ojo avizor veía a más de un siglo para adelante y entre sus pigmeos contemporáneos aparece como un gigante de recia musculatura.

Aquel "sueño de un hombre de bien", como él llamaba a sus nobles iniciativas, fecundó el Colegio Carolino, como había de ser también la semilla germinadora del viejo Instituto Nacional.

Nadie ignora también la influencia todopoderosa del general José Miguel Carrera, en la creación de las escuelas elementales, empresa que no alcanzó a prosperar, poco ni mucho, por el desastre bélico que derribó la Patria Vieja.

La Reconquista española dió al traste con las creaciones civilizadoras, olientes a azufre, inventadas por el sistema nuevo.

Por 1830, predominó sin contrapeso la reacción, y después de Lircay, el formidable manotón concluyó con esas linternas espirituales que llevaban en sí el pecado capital de ser pipiolas.

Tal era el cuadro que, en los comienzos de la administración Prieto, se presentaba.

Barros Arana encontró imperante este régimen pelucón, y de ahí es que nuestro personaje fué pelucón también, porque a esas tendencias lo impulsaba el ambiente, la influencia del hogar, la ideología de su propio padre, don Diego Antonio, pelucón de cepa antigua, de noble cuño patricio, que militaba entre los adeptos más fervorosos del peluconismo en ejercicio. Esta atmósfera tenía que moldear el cerebro del niño inexperto y respetuoso en los días de la infancia y de la primera juventud.

De consiguiente, las ideas que en blanda cera impresionaron la retina del futuro educador fueron éstas; sus ideas filosóficas en aquel tiempo eran reaccionarias y se mantuvieron así largo tiempo, hasta en lo tocante al criterio literario. Es sabido que en 1853, la época de *El Museo*, don Diego juzgó los *Cuentos en verso*, de Guillermo Matta, con criterio curialesco y estampó opinión adversa a la filosofía atrevida del

joven bardo. ¡Qué distante estaba la época en que nuestro autor se liberalizaba, tomaba colocación en las filas más avanzadas del libre pensamiento y concluía en los últimos años de su larga vida por hacer profesión de fe de hereje de tomo y lomo!

## X

### IDEAS LITERARIO-FILOSOFICAS DE BARROS ARANA

Refiriéndose Barros Arana a los *Cuentos en verso*, que Guillermo Matta, publicara en 1853, insertó un juicio crítico bibliográfico en que decía que don Eusebio Lillo había juzgado la obra sólo desde el punto de vista literario.

“Nosotros la veremos de otro modo —agregaba. La obra del señor Matta es el primer trabajo nacional, en que el poeta se desprende de las flores, la luna, el amor, etc., para abrazar la filosofía. Bajo (sic.) este punto de vista, de ella no se ha dicho más que esas generalidades que a nada conducen, y en que sin usar de razones, se le ha querido echar barro encima. Su obra tiene sus méritos especiales y querer juzgarla sin conocerla y sólo por uno que otro trozo o por hablillas, es el mayor de los absurdos. Si sus principios erróneos han despertado alguna desaprobación, no se le calumnie, ni se le condene sin leerse su libro.

Mucho distamos, por nuestra parte, de tener las mismas dudas que el señor Matta en materia de religión. El autor se considera infeliz y desesperado en el mundo: él ha buscado el consuelo en el templo, en la religión y en Dios, y nada ha bastado a aliviar su desgracia y sus sufrimientos. Llevado de su desesperación él ha dudado y buscado la existencia de ese Ser superior, lleno de bondades y misericordias que tiende una mano consoladora y benéfica al desgraciado sobre la tierra. Ha invocado en sus dudas las sombras de una madre tierna y cariñosa, y que, según dejan traslucir algunos rasgos poéticos de su obra, era un conjunto completo de virtudes.

Al adoptar este sendero, el poeta ha seguido la huella trazada por una parte, quizás la más impopular, de la literatura moderna, con algunos pensamientos nuevos y atrevidos que son suyos. Su filosofía, mezcla de exépticismo y ateísmo, sin pertenecer a ninguna de las dos escuelas, debería

llamarse la filosofía de la desesperación; filosofía falsa y errónea en todas sus partes.

En efecto, dudar del espíritu de dulzura y de consuelo que caracteriza a la religión de Jesucristo, es un error lamentable. La humanidad reunida y concentrada por la unidad cristiana, reprueba imperiosamente estos principios.

Que se pongan de un lado, dice Montequieu, las continuas carnicerías de los reyes y jefes griegos y romanos, y del otro la destrucción de pueblos y ciudades por Timur y Gengis Khan, que han devastado el Asia, y veremos que debemos al cristianismo en el gobierno un derecho de gentes que la naturaleza humana no puede reconocer, como se debe. *Espíritu de las Leyes*, lib. XXIV, cap. 3).

El cristianismo ha operado este benéfico cambio predicando la caridad en todas partes a los reyes y a los súbditos, suavizando las costumbres y estableciendo derechos y garantías que es preciso respetar. El cristianismo es la historia de la emancipación del género humano, sometido antes de su predicación al pesado yugo de la ignorancia y del espíritu del mal; la Sagrada Escritura lo llama con fundamento el principio regenerador del mundo. Poner en duda su benéfica influencia es más aún que negar la luz del sol.

Los beneficios y consuelos de la religión están al alcance de todo el que los busca. El señor Matta no lo cree así y duda de las bondades del Dios de los cristianos, porque no las ve en sus obras. “Si Dios se descubriese continuamente a los hombres, no habría mérito en creer”, dice Pascal. No existiría entonces esa luz del alma que llamamos fe, que hace soportables las mayores desgracias y que nos consuela en los trances más angustiados de la vida. Las Sagradas Escrituras, abundan en preceptos y ejemplos de fe pura y de confianza en Dios en los grandes peligros. El poeta cree, es verdad, en la existencia de un Dios, pero de un Dios más perfecto, según pretende, que el que adora el fanatismo cristiano. El piensa que nuestra religión no ha hecho cuanto debía en el mundo y que existe algún grave error en el fondo de sus creencias. Ese es su engaño.

Nada asevera: todo lo duda.

La mujer ha sido idealizada en su obra: la sociedad, según él, no ha comprendido el papel que le toca desempeñar en ella a la compañera del hombre; cree que el perfeccionamiento social marcha a pasos tar-

díos, por lo que toca al bello sexo. Sus ideas en esta parte son puras y justas; las mejores intenciones han animado su pluma, y le han permitido dar pinceladas maestras.

Permítasenos copiar las siguientes estrofas:

¡Ay de aquellos infames que trafican  
con la virtud de la infeliz doncella  
y con manos impúdicas marchitan  
la flor de su inocencia pura y bella!  
¡ay de aquellos que al lodo precipitan  
del cielo azul la rutilante estrella;  
y en una frente, cándida de crimen,  
la marca de los réprobos imprimen!

¡La mujer! ¡la mujer! pobre paloma,  
¡qué lóbrega mazmorra el hombre encierra!  
rayo de blanca luna cuando asoma  
sobre la cumbre de la enhiesta sierra;  
cáliz que guarda virginal aroma,  
ángel lanzado a sostener la guerra  
al borde de un horrible precipicio,  
entre el amor, la sociedad y el vicio.

Las arpas de los ángeles del cielo  
al nacer la mujer, mudas quedaron,  
y las esferas, su armonioso vuelo,  
en medio de su curso sujetaron.  
¡el firmamento contemplaba el suelo!  
a la mujer los ángeles miraron,  
y viéndola tan bella, sonrieron,  
y ángel del porvenir, la bendijeron.

Estas son, en resumen, algunas de las observaciones que nos vienen a la pluma al escribir un análisis del libro del señor Matta. Hallamos *falsa y viciosa su filosofía y muy exageradas muchas de sus ideas*. Ellas merecen ser examinadas y criticadas con madurez, discutidas con calma y reflexión y combatidas vivamente si son perjudiciales a nuestra sociedad; pero no es preciso para esto recurrir a falsas imputaciones, a interpretaciones viciosas de las ideas erradas del autor y a necias exageraciones producidas en gran parte por la ignorancia y la envidia, más que por la piedad cristiana que parece inspirarlas. Nosotros *rechazamos su filosofía en la parte que se separa del Evangelio*; pero condenamos también los arbitrios a que se ha recurrido para desacreditar al autor sin previo examen.

El señor Matta no esperó jamás que su libro despertase esa ficticia animación: "él ha querido suspender la circulación de su obra retirando casi el completo de la edición de los puntos que había designado para su venta. Ahora cree que cesará la alarma que despertó, en gran parte, un espíritu que se separa mucho de la caridad evangélica".

Hasta aquí Barros Arana.

Otros críticos también juzgaron los *Cuentos en verso* y de los que hablaron hasta las publicaciones periódicas más insignificantes y una de éstas tachándola con epítetos que nadie usó en el siglo XVIII para anatematizar a Voltaire. Firmaba *Bálsamo*, quien salía a la palestra literaria a soltar algunas reflexiones que por amargas no le daba la gana de omitir. "La verdad, decía, no debe esconderse jamás cuando se trata de poner de manifiesto la expresión de la sociedad".

*Bálsamo* no es otro que el célebre escritor José Antonio Torres Arce, agudo ingenio que durante años había ejercitado la crítica de las bellas letras y creado en Chile un género literario no conocido: las charlas, conversaciones o crónicas semanales o quincenales que falsamente se han solido atribuir a Domingo Arteaga Alemparte.

No es efectivo. Quien creó esta novedad entre nosotros fué Torres Arce, bajo diversos seudónimos. Uno de ellos, *Bálsamo*, *Mascarilla* y otros que no recuerdo, por el momento, ni tengo tiempo de verificar, porque escribo de memoria y sin tener a mi vista los periódicos pertinentes.

## XI

### EL AMBIENTE LITERARIO DE LA EPOCA

El ambiente de la época en que vió la primera luz Barros Arana, presentaba características que conviene anotar. Nuestro personaje halló una atmósfera colonial en evolución lenta. Esta iba a ejercer sobre el niño influencias que perdurarán largo tiempo.

Nadie nace a la vida sin recibir el calor que emana de esta fuerza sutil del medio. vario y múltiple como es, moldea de modo indeleble sentimientos, afectos, ideas, carácter, voluntad, acción.

Si múltiples son los factores que constituyen el ambiente, hay un fondo principal del cual emergen aspectos generales que constituyen un relieve marcadísimo. De ahí se dibujan ciertas directivas fundamentales: son las que forman la atmósfera ideológica o espiritual del tiempo.

Es la sociedad, factor humano, resultante de herencias psicológicas que vienen de antiguo, cuyos orígenes se pueden descubrir estudiando la civilización anterior. Lo que un gran filósofo francés, Augusto Comte, ha bautizado con un nombre exótico: sociología.

## XII

## AMBIENTE POLITICO

*El Portalianismo.*—Barros Arana nació con la admiración más grande por Portales. Durante su juventud y desde su niñez, creció en esta admiración.

Fué, pues, "portaliano", como lo fué su padre, don Diego Antonio, pelucón de antiguo cuño, honrado a carta cabal. Conoció a Portales en la plenitud de su poder omnímodo, cuando todo se doblegaba ante su férrea voluntad.

En el ejercicio del mando usó y abusó de la autoridad que le otorgaron las leyes extraordinarias, pero llegó un momento en que este hombre, que disponía de todo el poder público sin control alguno, perdió el equilibrio de sus facultades.

Barros Arana pronto comprendió que el ídolo de la época, el hombre de hierro que iba a poner orden en todo, pasaba por una crisis cerebral.

Nuestro historiador ha recordado que ciertos hombres de genio, en el ejercicio del mando dictatorial sin control, están expuestos a ese desequilibrio.

Napoleón, dictador, en la segunda época de su vida, sufrió este trastorno. Creyó poder hacerlo todo, que no había límite alguno para ese abuso de la autoridad ejecutiva.

Barros Arana ha escrito que el gran ministro, el omnipotente ministro, iba a sufrir la perturbación moral que siempre produce el mando sin freno, irresponsable. Perturbación de que no han podido sustraerse ni aún los hombres mejor dotados que se hallaron en circunstancias semejantes.

Un escritor contemporáneo (ha dicho el Maestro en su *Historia*), un escritor que, a la vez ha sido estadista notable y publicista distinguido, ha dado forma concisa, pero luminosa a esta observación aplicable al hombre y a los hechos de que hablamos aquí. Lord Roseberry, en un libro reciente sobre Napoleón (*Napoleón, Sa dernière phase*, trad. Paris, 1901), después de bosquejar el retrato de la grandeza genial de ese personaje, explica en los términos que siguen las causas de la inferioridad de la segunda parte de su prodigiosa carrera, en que el inmenso emperador había cesado de tener una razón normal: "La verdad, según creemos, es ésta, afirma Roseberry: el espíritu no está suficientemente

lastrado para permitirle ejercer o sostener largo tiempo un poder absoluto y sin contrapeso. En otros términos, la omnipotencia es incompatible con la naturaleza humana. Toda la historia, desde el tiempo de los Césares, nos enseña esta verdad. Y Napoleón, por poderosa que haya sido su inteligencia, no hace excepción a la regla".

La omnipotencia, añade Barros Arana, iba a perder a Portales, como ha extraviado, más o menos, fundamentalmente, a todos los que la han ejercido, y entre ellos a hombres dotados de las más altas cualidades. Nuestro historiador tiene toda razón al apadrinar este concepto. Y lo suscribe con tanta imparcialidad como que, profesando la admiración que la obra constructora portaliana merece y que todo hombre de orden acepta de buena gana, conserva esa su imparcialidad doctrinaria, y en forma nítida nos da la explicación real y verdadera del Portales de la segunda época.

Perdido todo freno, exigió de los cuerpos legislativos la ley bárbara de 27 de enero de 1837, que dispone que "el que hubiere sido condenado a permanecer en determinado punto de la República, o bien desterrado fuera de ella, por sentencia judicial y por delito de sedición, conspiración o motín, sufrirá precisamente la pena de muerte si quebrantare su condena o destierro. En cualquier punto de la República en que fuere aprehendido uno de los reos fuera de aquél a que hubiese sido destinado, la autoridad aprehensora lo pasará por las armas dentro de veinticuatro horas, sin más proceso que el necesario para comprobar la identidad de la persona, y sin que de sus procedimientos se pueda interponer recurso alguno".

El proyecto primitivo del gobierno se refería sólo al general Freire y a las otras personas que lo habían acompañado en la tentativa revolucionaria preparada en el Perú, a todos los cuales declaraba fuera de la ley; pero la Cámara de Diputados creyó que esta forma no era clara, que podía dar motivo a abusos, y que no comprendía a todos los desterrados y confinados. En consecuencia, la modificó dejándola en la forma promulgada.

Esta "ley bárbara", agrega don Diego, que pugna con toda seriedad en la administración de justicia, que podía dar origen a los más atroces atentados de un despotismo atropellado, por depravación o por inconsciencia, no tenía más antecedentes en nuestra historia que algunos de los bandos

más desatentados del gobierno de Marcó del Pont. Los infractores de las sentencias de confinación y destierro quedaban así sometidos a las penas más terribles y sustraídos a la protección de los tribunales de justicia. Pero éstos quedaban todavía con las más amplias atribuciones para juzgar los procesos por conspiración o motín, y en el ejercicio de ellas, habían demostrado una templanza que contrariaba sobremedida al archipotente ministro.

Para hacer desaparecer este obstáculo a su infinita potencia, Portales hizo aprobar por el Congreso la siguiente ley, promulgada el 31 de enero de 1837:

“El Congreso Nacional declara en estado de sitio el territorio de la República por el tiempo que dure la actual guerra con el Perú, y queda, en consecuencia, autorizado el Presidente de la República para usar de todo el poder público que su prudencia hallare necesario para regir el Estado, sin otra limitación que la de no poder condenar por sí, ni aplicar penas, debiendo emanar estos actos de los tribunales establecidos o que en adelante estableciere el mismo Presidente”. Las Cámaras, convocadas entonces a sesiones extraordinarias, fueron cerradas el 1º de febrero, para no reunirse sino cuando hubiera un nuevo Congreso que debería elegirse en marzo. Esta declaración de estado de sitio en toda la República, parecía relacionarse con la situación excepcional creada por la declaración de guerra a la Confederación Perú-boliviana.

Muchos de los hombres que en una y otra cámara votaron esa ley, creían que los tribunales de que allí se hablaba, —“que en adelante estableciere el Presidente de la República”—, se referían al estado de guerra y para juzgar los delitos a que éste diera lugar.

Contra esta creencia de muchos, el 2 de febrero se firmaba un decreto de 8 artículos que importaba el desprecio de las más esenciales garantías impuestas por las leyes en la administración de justicia y constituía el más violento y terrible despotismo. Atendiendo, decía el decreto “a la necesidad que hay de remover las causas que favorecen la impunidad de los delitos políticos, los más perniciosos a que tienen que ceñirse los tribunales ordinarios”, creaba el gobierno en cada provincia un consejo de guerra permanente, compuesto del juez de letras y de dos militares de cualquiera graduación (puesto que en algunos puntos fueron designados simples capita-

nes y tenientes), con el encargo de proceder en la forma más rápida y dar una sentencia de la cual no se podía apelar, cualquiera que fuese la pena impuesta en ella.

Estos consejos de guerra permanentes que la historia ha estigmatizado con palabras de fuego (Vicuña Mackenna, don *Diego Portales*, cap. XV), denotan que el espíritu superior de Portales sufría ya el desequilibrio producido por el ejercicio de un poder omnimodo. Entonces ocurrieron los trágicos sucesos de Curicó, del 6 de abril de 1837, en que el famoso Antonio José de Irisarri, Intendente de esa provincia, hizo aplicar aquella ley bárbara. Víctimas, principalmente, don Manuel Barros, Arriagada, Baeza y otros. Acompañaron al victimario jefe, el licenciado Ramírez, el coronel Ibáñez y el capitán Sotomayor.

Las víctimas no podían reclamar.

El hijo de la víctima, don Daniel Barros Grez, ese sí que reclamó toda la vida, en escritos de fuego, en novelones de gran fondo histórico, en folletos indignados, justamente indignados, volviendo siempre a remover la herida en que se clavaba la espina dolorosa.

Tal fué el sangriento ensayo de los célebres consejos permanentes de guerra que inventó Portales en ese momento de locura que ha de tener un capítulo en la psiquiatría política.

Colmada la medida, sobrevino el criminal motín de junio:

—*¡Baje el Ministro!*

Bajó del birlocho y el gran ministro pagó con la vida la omnipotencia dictatorial que había ejercido durante el trastorno de sus facultades mentales.

La tragedia del Barón queda explicada.

### XIII

#### EL AMBIENTE INTELECTUAL

*El Bellismo.*—Máxima fortuna para Chile fué seguir contando con los servicios de un insigne humanista. Ocupa el lugar de honor, y primero entre los primeros en el servicio de la causa de la cultura intelectual.

Nadie, nadie, tenía en su labor mental la masa de conocimientos que atesoraba aquel insigne varón.

Literato de fuste, de gusto acendrado, fino, delicado, exquisito.

Filólogo en el sentido más amplio del concepto; conocedor a fondo de la antigua lengua castellana y sin rival en el manejo de la moderna, nuestro príncipe de las letras, mandó sin contrapeso.

Jurisconsulto famoso, empapado en los conocimientos perfectos del antiguo derecho romano, como de las leyes francesas de la época napoleónica, nos dejó el Código Civil.

Internacionalista sagaz, dió al derecho de gentes un cuerpo de doctrina que ha llegado a ser clásico en América y en Europa. Y en este orden de conocimientos, tuvo el raro privilegio de no estancarse, sino al revés, de seguir, paso a paso, los progresos que la práctica internacional iba introduciendo en las relaciones de los diversos países del orbe occidental.

Filósofo de la escuela inglesa, admirador de Bentham, expuso en su *Filosofía del entendimiento* un resumen de primer orden, sólido como todo lo que del maestro salía.

Catedrático particular, en su propia casa estableció cursos en que reunió a la flor de la juventud de Santiago. Escuchó sus lecciones un grupo escogido de mentalidades disciplinadas que esparcieron en Chile las enseñanzas recibidas. De esos cursos salieron los Lastarrias, los Mattas, los Bilbao, los Tocornales y tantos otros, orgullo de nuestro intelecto.

Temperamento benévolo por excelencia, si reservado, amistoso, ecuánime, se asoció gustosísimo a los ensayos juveniles de sus discípulos. Y así se vió alternar con los promisorios ensayos de la muchachada, los maduros conceptos del viejo profesor.

Fueron los días de *El Crepúsculo*, órgano de publicidad de los principiantes. Por la calidad y la variedad del contenido, esa revista sobresale entre todas las similares habidas en Chile y en la América toda, porque bastan para avalorarla las sabias lecciones, la significación, el tuétano, la trascendencia de su *Filosofía del entendimiento humano*.

El patriarca de nuestra cultura, llegado a Chile en 1829, frisaba ya en los 48 años de su edad. Plena madurez. Con carrera brillante en la diplomacia, donde la había ejercido en el cargo de secretario de la legación de Chile en Inglaterra. Con carrera literaria más brillante todavía: compañero de García del Río, el célebre escritor co-

lombiano, asociado a sus empresas de la *Biblioteca americana*, y del *Repertorio americano* en Londres, publicó trabajos de gran erudición crítico-literaria acerca del *Poema del Cid*, *Crónica de Turpin*, *El Orlando Enamorado*. Empezó a dar a conocer reformas ortográficas, que propició siempre en compañía de aquel literato; lo que indica de sobra que su espíritu volaba muy lejos, con alas propias, y que no le amedrentaban ni lo radical de la reforma que propugnaba, ni lo insólito de la tentativa. En Chile reprodujo, como un ensayo feliz de avanzada, la fonética. Esa simplificación era precursora del fonetismo puro, todavía inalcanzado.

La reforma en Chile, propiciada por Sarmiento, sonó a escándalo. Las gentes se hicieron cruces ante la novedad del intento, por cierto audaz, y tanto más, dado lo pacato del tiempo que había cristalizado y como momificado lo antiguo.

Bello, sin embargo, adhirió a la reforma del escritor argentino.

La reforma ortográfica sarmentocida de los cuyanos y demás emigrados políticos fué ley por breve tiempo. La caravana participaba de *sans facon*, de alegre confianza, eso sí medio ensombrecida por el desastre amargo infligido por el tirano Rosas. Con su fatuidad gauchesca lograron despertar los celos del grupo de vanguardia, educado bajo la égida del maestro venezolano, grupo escogido, entre la flor de la sociedad juvenil, procedente de los viejos troncos patrios. (Tocornal, Sanfuentes.).

Ese sabio humanista era de los pacatos en materia política, sobre todo. Fué discretísimo, reservadísimo. Andaba con los pies de plomo. Había calado el medio en que vivía.

En materia religiosa, tenía sus puntos de herejía ideológica, siendo benthamiano por convicción. Solía ser tildado de hereje. Los babiecas lo miraban de reojo en estos tópicos.

Hombre de administración, manejador del servicio de relaciones exteriores, dió la nota alta en el mundo de lo que era una cancillería que decía todo lo que era necesario decir, en una forma irreprochable, luminosa. Estilo preciso, modelo en este género de comunicaciones que jamás, nunca ha tenido rival en lengua castellana. Cualquiera página, tomada al azar, indica la pluma vigorosa que había estampado esos



conceptos de cristalina nitidez, sea de quien sea la firma que va al pie del documento. La paternidad no puede ser negada ni puede engañar a cualquiera que sepa lo que es estilo y también por lo de Buffon: *El estilo es el hombre*. Quienes, por piedad filial, se han atrevido a atribuir a deudos de su familia aquellas páginas admirables, no pasan de ser sino simples pobres de espíritu.

El célebre cuadro, acabado y perfecto, en que se trazara la historia de los decenios

de las administraciones Prieto y Bulnes, para ante el Congreso Nacional, es de la misma pluma, del mismo corte clásico, armonioso, razonado, discreto y siempre luminoso, cristalino, preciso, que eran las características de esas piezas sobrias.

He nombrado en las líneas anteriores a Bello, al sabio Bello, quien desde el cargo supremo de jefe de la Universidad, dió rumbo certero a las secciones docentes y académica y empuñó el cetro intelectual de Chile.